

LA LIRA

DEL

TORRES,

LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Todos los pueblos, como si estuviesen dotados de una organizacion insensible, corren las diferentes fases de su vida, unos con mas celeridad de agitacion que otros; y cuando llega este periodo de muerte, de aniquilacion, no dejan de sí mas que una débil memoria de lo que fueron. Vestigios de esta verdad desconsoladora, son los amontonados escombros de Alejandria, Babilonia, Jerusalén y Palmira. Roma, la mas poderosa, la mas guerrera del mundo antiguo, la que llevaba sus sangrientas aguilas imperiales de provincia en provincia, de reino en reino; la que los formidables ejércitos ante los cuales se arrodillaba la tierra y viejos los siglos aterrados, esculó desde el Capitolio su ¡ay! de agonía; ruuinada bajo el peso de su propia grandeza. Tambien Salamanca tuvo una época de esplendor y celebridad, por sus escuelas, que pocos pueblos han alcanzado. Cuando Sala-

manca alzaba su voz, las naciones la respetaban, y sus ecos se repetian, como el trueno en la inmensidad, por todo el orbe, y á ella acudian los hombres de las mas lejanas tierras. Era, pues, necesario que, estando constituida como los demas pueblos, llegase el tiempo de su decadencia, despues de tantos y tantos memorables dias. ¿Cómo nosotros ensayaremos hoy resucitar su nombre, nosotros cuyas fuerzas son tan débiles? ¡Ay!... no podemos, no; por eso llamamos con todo el fuego de nuestro corazon á los amantes de las glorias de esta Ciudad, digna, por cierto, de mejor suerte; por eso les decimos "enjugar el llanto de la triste huérfana, arrancadla el velo de luto que ciñe su pálida frente, dadla la sublime aureola de la inmortalidad, y aparezca como una bella virgen en el dia de sus bodas."

¿Y cómo no hacer esto, si hemos pisado la misma tierra que el justa-

mente célebre Iglesias, y visto la gigante sombra del divino Fr. Luis de Leon que, acercándose, nos gritaba "despertad" y cantado en los mismos sitios que el tierno, el dulcísimo Melendez, y saciado nuestra sed en los cristalinos raudales del Tórmes, que tanto les inspiró?

¡Tórmes! ¡Tórmes querido!... En tus frescas riberas reclinamos nuestras sienes, bajo el celeste pabellón de azul, nieve y grana; en tus frescas riberas ha palpitado nuestro corazón entusiasmado y loco por las bellas hijas de esa Ciudad abrumada con el peso de sus laureles. Hemos contemplado á lo lejos, el Otea coronado de pámpanos mecidos por el céfiro mas suave de la estación de los amores. ¡Cuántas veces presenciemos la muerte del sol, entre los espesos ramajes del Otea! ¡Cuántas le vimos nacer, arrodillados en la verde alfombra del Zurguen!

Y tú, Ciudad de las ruinas, cuna de las ciencias, tú también nos has inspirado. Cada piedra de tus magníficos monumentos dice sus glorias á los siglos, que pasan respetando lo que no tocaron las tempestades; cada letrero de los sepulcros de tus templos, es un recuerdo triste, que cuenta que bajo nuestros pies descansan las inmortales cenizas de un grande hombre. Aquí la Universidad, con su inimitable fachada de filigrana, con sus losas gastadas por la muchedumbre que concurría á las áulas, (1) y su

antigua Biblioteca, donde se conservan tesoros inestimables. Aquí la hermosa plaza, que acaso no tiene rival en nuestra España; aquí innumerables grandezas de tiempo inmemorial. ¿Quién no visita con asombro la augusta Catedral, con sus inmensas naves y altísimas galerías, en donde se pierde el santo incienso de los altares y los dulcísimos cánticos de niños y sacerdotes?.. ¿Quién no se queda embargado de admiración, cuando ha visto la magestad de los Dominicos, con las vivas, sorprendentes y vigorosas pinturas del Españolito?

¡Levantáos, hombres grandes! Levantáos á ver á vuestros hijos, cuyos débiles acentos quieren transmitir vuestros inmortales nombres á las futuras generaciones! ¡Un acento, dadnos, un solo acento, sabios de Salamanca! ¡Cuán pequeños os parecemos!.. Nuestra ahogada voz se pierde, como el rocío de la mañana al primer rayo del sol, pero nuestra pobre lira suspirará siempre por vosotros; y si nuestros cánticos no fuesen dignos de ensalzaros, nuestros corazones os respetarán eternamente, aunque en silencio; nadie nos esquecerá en nobles deseos de imitaros.

Bastantes años ha llorado esta destronada reina, sin que sus hijos borren las amargas lágrimas que abrasan sus mejillas.... ¡Ah! hemos dejado desamparada en la postrera hora á nuestra tierna madre, hemos despedazado sus cariñosas entrañas, mientras danzabamos en los festines y delirábamos entre el humo de las orgias que envenenan nuestro aliento; todavía, quizás, será tiempo.... Madre....

(1) En algun tiempo llegaron á cursar en esta Universidad de 14 hasta 16000 escolares.

Salamanca... tú cifras en tus hijos toda tu esperanza, todo tu consuelo... pues bien, no nos maldigas; somos jóvenes y hemos buscado á la juventud, nuestra amiga de preferencia; sombrío estaba el cielo, la tierra cubierta de tinieblas densas como el

crespon de una tumba... pero hemos hallado, por fortuna, á la juventud, la juventud te consolará, la juventud tejerá para tí ¡oh Salamanca! una corona de azucenas, y bordará tu regia túnica de púrpura y armiño. =
Ventura Ruiz de Aguilera.

A LAS RUINAS DEL CASTILLO DE ALMORCHON.

¡Almorchon! ¡Almorchon! ¿qué es de tu gloria?
 ¿quién tu altiva arrogancia echó por tierra?
 ¿quién humilló tus gigantescas torres,
 el hombre, ó los azares de la guerra?

Ejemplo fiel de la mezquina vida,
 esqueleto caduco y denegrido,
 ¿púdo la emulacion así abatirte,
 ó del hacha del tiempo fuiste herido?

Respóndeme, sin recelar que insulte,
 ingrato yo, tu dolorido llanto;
 juntos los dos tus males lloraremos
 al ensayar en el laúd mi canto.

Que cual á ti tambien, penas me aquejan,
 penas que siento con dolor profundo;
 ¿y qué mortal blasona, que ha nacido
 para vivir feliz en este mundo?

¿Quién es el imprudente que presume,
 al libar de un placer sabrosa copa,
 que ese destino, avaro de la suerte,
 nunca podrá arrancarla de su boca?

¡Y yo te lo pregunto, cuando he sido
 el primero en creer esos engaños,
 corriendo los placeres de la vida
 sin miedo de sentir despues sus daños!

¡Yo, cuyos ojos de llorar cansados
 al compás de los ecos de la lira,
 abierto el pecho á la esperanza siempre,
 por un amigo sin cesar suspira!

¡Yo, que al fijar la huella en los dinteles
 de esa edad agitada y procelosa,
 de esa porcion de vida que miramos
 rica en ensueños de jazmin y rosa;

Miré mi corazón presa segura
del amor y volcánicas pasiones,
que se nutrieron con el cebo amargo
de engañosas y falsas ilusiones!

Vén, Almorchon, y tú serás mi amigo,
cuéntame tus hazañas, tus historias,
tus batallas y asaltos; ¿qué valientes
coronaron tus muros de victorias?

Mas no respondes, ¡callas y te afliges!
aborreces nombrar á tu enemigo
porque triunfó de ti? ¡si al fin tu ruina
de su inmenso poder es un testigo!

¡El tiempo! ¿no es verdad? el tiempo ha sido
la causa inevitable de tus daños!

¿Y que mucho, Castillo, si ya cuentas
tras dada piedra mohosa tantos años?

Ignorabas, Almorchon,
que la idea de la vida
es tan solo la ilusion,
una apariencia mentida
que pasa como el turbion;

Que solo al pensar en ella
la imaginacion delira;
en confusion se atropella,
y cuando es una mentira
se nos presenta tan bella;

Que lo nato y por nacer
sobre este suelo maldito
á la nada ha de volver,
que asi está en el cielo escrito,
y asi habrá de suceder;

Que esas necias distinciones
nunca respetó la muerte;
¿Te libraron tus blasones?
¿Te libraron de la suerte
tus antiguos torreones?

¡Ah! ¿Muy cerca de Sevilla, (1)
no viste tambien morir,
morir una maravilla
que besa la fresca orilla

(1) *Itálica.*

del manso Guadalquivir?

Y ese delicioso edén
que se ostenta en tu llanura,
y que circunda á Belén (1)
escalando mas frescura
que en Salamanca el Zurguén;

Vendrá un invierno fatal,
y aquella brisa suave
se cambiará en vendabal,
que con la belleza acabe
de ese jardin celestial.

¿Tú, no me viste nacer,
bajo tú cielo vivir,
en tús orillas correr,
y en tu arroyuelo beber?...
¡Tambien me veras morir!

Y á esa raza maldecida,
pues todo se ha de acabar,
que es un ensueño la vida
y la muerte aborrecida,
nos tiene que despertar.

(1) *Un santuario contiguo al Castillo en que se venera á una Virgen de este nombre.*

¡Oh! quien te viera orgulloso
con tu hermosura y hechizo,
con tu rastrillo ruidoso,
tu foso, tu contra foso,
y tu puente levadizo.

Y con todo tu esplendor
para consolar tus penas,
con las cántigas de amor
que entonó entre tus almenas
un errante Trovador.

Yo de castellano hiciera,
Almorchon, de buena gana,
y tu prisionero fuera,
si en tus ámbitos hubiera
una linda castellana.

Y llanto, penas y luto,
arrancára al corazón,
solo dejára la lira
para cantarla mi amor.

Al fin de luenga llanura
se levanta un torreón....
y dicen que allí fue un día
el Castillo de Almorchon.

Julian Pizarro.

LA POESIA Y LA FILOSOFIA.

Es tan íntima la relación que existe entre la inteligencia y el corazón, que cuando la primera se enerva, el segundo pierde su energía, y cuando este palpita con entusiasmo, aquella ensanchando la esfera de su acción sacude el polvo del mundo y se eleva á un horizonte inmenso. Por eso fueron tan vigorosos los cantos de Píndaro, tan melancólicos los suspiros de Job y tan profundas y sentidas las sentencias de Horacio. Píndaro entonaba sus cantos en el campo

de batalla; su corazón acompañaba con sus latidos las vibraciones de su lira, y su genio se sublimaba arrebatado por el fuego que sentía en su pecho. Job, el sombrío Job no encontraba en su cuerpo mas que llagas, y su imaginación no podía menos de empaparse en la hiel de sus heridas. Cuando la patria de Bruto, soñolienta, débil y desceñido el manto, se arrojó en brazos de Augusto que la adormeció con pan y juguetes, las costumbres habían llegado á un alto grado de refinamiento, las artes ostentaban todo el primor de sus galas y la filosofía tremolaba en Roma la bandera fabricada en Atenas. Entonces era necesaria la existencia de un poeta filósofo y nació Horacio. La filosofía despertó el corazón de Horacio, así como el corazón sublimó la inteligencia de Píndaro. Por eso parece que debía ser eterna la alianza entre la poesía y la filosofía: así se ha creído en esta última época; vamos á examinar si los que así han pensado, han dicho una verdad.

Algunos filósofos mal avenidos con el modo estéril de estudiar los sucesos pasados en el siglo 18 han seguido con indiscreción una senda diametralmente opuesta, y han hecho de la historia un sistema filosófico, cual el de las mónades de Leibnitz ó el de la visión en Dios de Mallebranch. En vez de contemplar los hechos en su esfera mas humilde y ascender de la práctica á la teoría, han equivocado su rumbo y viendo los hechos *á priori* han querido encontrar lo real en lo soñado, lo positivo en lo fantástico. Aseguran que la filosofía y la poesía han sido siem-

pre hermanas, y cerrando los ojos á su divorcio testificado por la historia han soñado una union que no ha existido. Es verdad que nunca debieran haberse separado, porque la poesia no merecerá jamás este nombre, si no es un fruto espontaneo, si no es el resultado completo de todas las circunstancias de una época; pero no es menos cierto que no siempre el lenguaje de la imaginacion y de las pasiones ha sido conforme á las exigencias de la filosofía. Ha habido un periodo larguísimo de siglos en que todo se postergó á la erudicion y en que la mania de imitar hizo que el poeta desconociese el verdadero caracter de su mision.

No podemos menos de entrar con respeto en el ecsamen de una literatura tan rica como la francesa del siglo de Luis XIV. Sin embargo, á pesar de la profunda veneracion con que pronunciamos los nombres de Corneille y de Racine, no creo que deba culparsenos, si no juzgamos la poesia de esa época famosa correspondiente á lo que la filosofía reclamaba de ella. El espíritu filosófico de ese siglo grande para la Francia, está retratado en la oratoria sagrada, en ese género de elocuencia eminentemente magnífico y popular. Bossuet sublime, impetuoso y profundo, Fenelon blando y penetrante, Bortaloue enérgico y fuerte, el sábio Flechier, el brillante abate Poulle y el dulce y rico Masillon arrancaron aplausos del pueblo y de los sábios, porque hablaron al corazon del primero y á la inteligencia de los segundos. Pero para subyugar las inteligencias y los corazones era necesario comprender

sus necesidades y satisfacerlas. ¿Lo consiguieron? Si: porque mas que los tiempos antiguos, estudiaron el mundo que les rodeaba y lo que de ellos exigian las circunstancias. La Francia del siglo de Luis XIV era profundamente religiosa; su filosofía era dogmática y casi todos sus sistemas fueron formados *á priori*. El principio de la justicia, el sentido íntimo, esos sentimientos indefinibles que encontramos en el corazon, que son de una fuerza inmensa y cuya naturaleza se escapa á nuestras investigaciones, fueron reconocidos por todos los sábios y nadie osó arrancarlos del número de los criterios de la verdad. Los oradores famosos que ocupan acaso la mas bella página de la elocuencia sagrada, comprendieron de lleno el espíritu de la época y avasallaron con el poderio de su talento á la Francia atónita que los escuchaba con fé, con asombro y con respeto.

Ahora bien: si la filosofía y la elocuencia fueron hermanas en el siglo de Luis XIV; ¿podrá decirse otro tanto de la poesia y de la filosofía? Coloquése frente á frente la poesia y la oratoria sagrada de aquella época, y digannos los hombres imparciales, que no están apegados ni á lo antiguo ni á lo moderno, si tienen la misma índole, si progresaron á la par, si pertenecen á una misma nacion. La primera es griega ó latina, la segunda francesa; la primera gentilica, la segunda cristiana; la primera materialista y terrena, la segunda ideal y entusiasta; la una imitadora, la otra original y espontánea. De aqui se deduce evidentemente,

que si los oradores sagrados comprendieron el espíritu y las necesidades de su siglo, la poesía no sintió la influencia filosófica de la época. Nadie admira más que yo la penetrante ternura de Racine y la vasta extensión de conocimientos de Boileau; sin embargo no puedo menos de condolerme de que unos hombres tan eminentes y que cuando son originales, son de los mejores poetas que han existido, desatendieran de tal modo las exigencias de la filosofía y de las circunstancias, que creían una impiedad el separarse de los modelos antiguos haciendo en las aras de Sófocles y Horacio el sacrificio de su originalidad y de su grandeza. Este hecho notable en la historia de la literatura prueba abundantemente que la creencia en que algunos se hallan, de que la filosofía y la poesía siempre están juntas, es una creencia errónea, es una creencia formada antes de consultar la historia, que es el terrible anatema que condena los sistemas fantásticos y los sistemas exclusivos. Empero no es la poesía del siglo de Luis XIV el único hecho histórico de esta clase. Cuando desapareció el hombre atrevido que dijo: "el estado soy yo;" á la religiosidad sucedió el desenfreno; á la magnificencia y á la energía los delirios y la debilidad. La Regencia del Duque de Orleans junto al reinado de Luis XIV fué lo que sería una cloza pegada á la gigantesca Nuestra Señora de París. Luis XV es el emblema de la hediondez de su época; este Rey déspota y sibarita fue una parte homogénea de un todo corrompido y mezquino. Nada de grandeza: todo se arrastraba por el suelo.

Algunos escritores hubo grandes; pero esos escritores ya no tenían ni los mismos dogmas ni las mismas creencias que los filósofos del siglo anterior. La filosofía del siglo XVIII tenía el sello con que la había marcado un hombre célebre, que mal avenido con las instituciones antiguas lanzó sobre ellas una mirada de indiferencia y de desprecio, y consiguió que sus contemporáneos las hollaran y escupieran. Voltaire ridiculizó para destruir: la hiel acompañó su sonrisa maligna y burlona y á su carcajada infernal respondió el crujido de la sociedad que se hundía. La filosofía del siglo pasado fue esceptica y materialista; indiferente y desconsoladora ofrecía amarguras en la vida y la nada en la eternidad. La conciencia y la justicia se reputaron voces vanas é invadieron sus augustos puestos el cinismo y el desenfreno. Los sentimientos sublimes que encontramos en el corazón sin comprenderlos, pasaron por el tamiz del análisis y prestaron homenaje al cálculo, como una respetable matrona obligada á servir á una prostituta. Esta filosofía abyecta y mezquina fue el reverso de la magnífica y brillante de Bossuet y de Fenelon. Sin embargo la poesía de los dos siglos tiene una misma índole y está vaciada en los mismos modelos. Unas son sus reglas, unas sus formas y uno su fondo. Las tragedias de Voltaire son parecidas á las de Racine. Las inocentes églogas que podían pasar por una burla en la fastuosa corte de Luis el grande, se conservaron en la corrompida París de Luis XV y en la París amenazadora de Luis XVI. Es

un hecho innegable que el tipo esencial de la poesía del siglo XVII y del XVIII fue uno mismo. ¿Cual es la causa de este fenómeno histórico? El investigarla es obra ardua y prolija; empero cualquiera que ella sea siempre será un hecho cierto que no en todos tiempos la poesía y la filosofía han sido hermanas. = *Santiago Diego Madrazo.*

ULTIMO ADIOS.

A dios, madre de mi vida,
á dios por siempre jamás;
¿escuchas mi despedida
en esa mansion de paz?
mis ojos abrasa el llanto
y ya no puedo llorar;
¡mi madre, padecí tanto,
que no lo acierto á contar!

*Ojos, los mis ojos
dejádme llorar.*

Te llamo con voz helada
y no me respondes ya,
tan solo ¡madre adorada!
aqui brama el huracán.
El cielo no tiene estrellas,
y todo es oscuridad,
aqui no se ven las huellas
de haber pisado mortal.

Ojos &c.

¡Mi madre! ¿No me has oido,
ó quieres que llore mas?
¡si vieses cuanto he sufrido
en esta vida fatal!
¡perderos, y erais hermosa!
¿y cuando podré encontrar
muger cual tú cariñosa?...
mi madre, nunca jamás.

Ojos &c.

La tumba del poderoso
con la del mendigo está,
aqui todo es silencioso,
todo la muerte hace igual.
¡Ah! ¡que triste es, madre mia,
del mundo loco escuchar
la frenética alegría,
mirando á la eternidad!

Ojos &c.

En tus labios la sonrisa
no tengo de ver jamás,
ni sentir la dulce brisa
de tu aliento celestial.
Mústias adelfas, no rosas,
esta frente ceñirán,
ni tus manos cariñosas
mis cabellos rizarán.

Ojos &c.

Huérfano, madre, en el mundo
el hombre me pisará,
risa, desprecio profundo
mis penas escitarán.
En la tierra, á un pobre niño
¿quién, dime, le ha de amparar?
¿quién tu amoroso cariño
á mi pecho tornará?

Ojos &c.

Velad por mí desde el cielo,
velad por mí, ángel de paz,
yo triste no hallo consuelo.....
mas tú no me dejarás.
A dios, madre de mi vida,
á dios por siempre jamás;
escucha mi despedida
en la mansion celestial.

Ojos &c.

Ventura Ruiz Aguilera.

Advertencias. No se admite ninguna composicion que no tenga el nombre y firma del autor, ó sin que éste, si se halla en Salamanca, la entregue personalmente á la redaccion. — Las reclamaciones y cartas se dirigirán francas.